



otros, las Chancillerías, representábalo entre los franceses el Parlamento, quien, por verdadera indefinición de los poderes públicos, no sólo tenía facultades judiciales, tenía también facultades políticas, registrando en sus actas los rescriptos regios, acto equivalente á la promulgación. Así le guardaban muchas deferencias la Corona. Y, amén de las deferencias con el poder de los Parlamentos en la Corona, existía el hábito más ó menos empleado y usual de citar los Notables; pero, todo ello tenía sellada la marca real, por ser el regio poder, en sus representaciones varias y sucesiva de Reyes, como una delegación del pensamiento y de la voluntad de los muertos á los vivos. Así el Estado tenía como una organización perdurable, transmitida por los siglos pasados al siglo corriente; organización intangible por su origen y por su naturaleza. Pero Luis XVI, siendo el más débil y el menos autorizado entre todos los Reyes históricos, presentaba una pretensión absolutista, por ninguno de sus antecesores presentada nunca, la pretensión de arrogarse, no ya el poder constituido; el poder constituyente. ¿Y cuándo hacía esto? Cuando en la Jura del Trinquete se le irguiera la Nación frente á frente, no ya como un poder diverso del suyo, no ya como un poder superior al suyo, como un poder enemigo, á quien se había desacatado con burlas sangrientas por medio de polichinelas policromos, conocidos con el nombre de maestros de ceremonias en la corte. Entre un pueblo, que aspiraba con derecho á constituirse, y un Rey empeñado en alzarse con el poder constituyente, no había conciliación alguna. Por tanto, pueblo y Rey rompieron en guerra, vertiendo y vaciando sobre Francia las plagas y calamidades múltiples que trae siempre consigo aparejada la guerra.

Después de haberse verificado el 22 la fusión entre la mayoría del clero y la totalidad de los delegados del pueblo, verificase el 23 la sesión regia, en que á los delegados del pueblo se presenta el Monarca, No era éste aquel día 4 de Mayo, tan espléndido y tan jubiloso. El vívido sol brillaba en la primera sesión, y sobre la segunda pasaban las tinieblas. Un torrente de luz caía del cielo en la primera sesión, y en la segunda un torrente de lluvia. Las muchedumbres venían también por todas las encrucijadas, pero no al aplauso, al requerimiento amenazador. Los rostros, que irradiaban alegría semanas antes, ofrecíanse siniestros y torvos. Palabras, más propias de una conjuración que de una fiesta, corrían de labio en labio y se propagaban de oído en oído. Numerosos pelotones patrullaban por las cercanías del Parlamento, y disolvían los grupos que iban formando las inquietas muchedumbres. Destacamentos de guardias francesas mostraban sus armas y su vigilancia como si celaran una plaza en asedio. Cuatro mil soldados acampaban dentro de Versalles; siete mil en los alrededores. Al pasar los diputados del Estado Llano entre el pueblo, debieron comprender cómo su irritación cundía y se preparaba su venganza. Nuevos vejámenes los aguardaban, y, por consiguiente, nuevas cóleras cundían. Las puertas estaban herméticamente cerradas. Seiscientos delegados de la nación soberana debieron aguardar bajo la lluvia inclemente, que aquella puerta se abriera, mientras los

representantes del clero y del patriciado, habían tenido su entrada por completo franca. Tal empeño de considerar inferiores á los que representaban la mayoría del pueblo, exacerbaba los ánimos y no producía ningún resultado tangible. En política todo lo inútil es dañoso. Tres veces llamó Bailly á la puerta, y tres veces le respondieron absolutamente con el silencio. «Id, id, decía Mirabeau, con soberbio sarcasmo, al presidente, presentad la nación al Rey.» Por fin, á las amenazas de retirarse, la puerta cedió, y los plebeyos encontraron en su puesto al clero y nobleza, que ya no podían considerar al tercer Estado como el último de los Estados, cuando había subido á primero, no sólo por virtud de su derecho, sino por virtud también de su energía y su mérito.

Ignoramos desde dónde viene la gota de lluvia que refrigera nuestros campos mantenida por la humedad del aire, y la chispa tonante y luminosa, electricidad que chasquea en nuestros nervios, grandes cadenas eléctricas. Tampoco sabemos de dónde provienen las ideas que determinan é impulsan las revoluciones políticas. Un pensador que apenas ha comunicado al vulgo los éxtasis de su pensamiento; un poeta, que ha cantado en su hogar tan recatadamente como el ruiseñor en su árbol; un músico, que ha prestado á la estrofa del poeta los acentos de su lira y ha movido así los ánimos al entusiasmo; un orador, que ha encarnado en los corazones el Verbo Divino de un ideal hecho carne; unas generaciones como aquellas de pobres pescadores que han corrido á escuchar la buena nueva y suscitado apóstoles que la divulgasen, héroes que las sustentaran, mártires que murieran por ella, quizá son los autores del éther espiritual que, reuniéndose y condensándose de suyo en puntos varios del tiempo, empieza por los estremecimientos y relampagueos de la tempestad, tras los cuales viene un cielo sereno á esclarecernos y á vivificarnos un aire purísimo. Este año de 1789 se aparecerá en la Historia siempre como un año de tempestad. Y esta tempestad no se ha generado en las pasiones de los individuos que pasan; se ha generado en el éther de las ideas que son inmanentes y eternas. Cuando leéis los historiadores monárquicos de la Revolución francesa, imagináis que aquella generación del 89 ó del 93, era una generación de locos; porque fué una generación revolucionaria. Tanto valdría imputar á los coléricos el cólera, y á los febriles, que se han envenenado en charcos miasmáticos, la culpa de su fiebre. Respirábase la Revolución en los aires. Producíala una Iglesia que se gloriaba de exaltar á los humildes y derrocar á los soberbios; una filosofía que colocaba en la razón humana el criterio de toda verdad; unas ciencias exactas que á diario aumentaba el poder y soberanía del hombre sobre la Naturaleza; una poesía que iba llevando en los encantos de la palabra y del estilo sus ideales progresivos al sentimiento popular una serie de acontecimientos muy trascendentales, sobrepuestos unos á otros, como la Revolución religiosa, como el Renacimiento artístico y literario, como las revoluciones sociales en Holanda, Inglaterra y América; unos Bautistas del progreso llamados Reyes filósofos, que no solamente llevaban los enciclopedistas á sus consejos de la

corona y á sus salas de Corte, sino que disolvían aquellas órdenes, como los jesuitas, ejércitos espirituales, organizados con la disciplina de los ejércitos materiales y sus fuerzas para defender contra todas las innovaciones democráticas á la Monarquía y á la Iglesia. Esta idea nueva divulgada por tales medios; deb'a subir desde las ciencias y las artes así á los gobiernos como á los Estados; por consiguiente, si los gobiernos y los Estados le oponían resistencias invencibles, habían de llegar por fuerza las revoluciones violentas. Pero volvamos á la sesión regia.

Altísimo estrado se levantaba en el fondo de la sala, todo cubierto de riquísimos tapices; sobre tal estrado lucía el solio recamadísimo de oro; bajo el solio campeaba el Monarca, y en torno del Monarca su corte brillantísima y los príncipes de la sangre, entre los cuales resaltaban así el realista conde de Artois como el revolucionario duque de Orleans, al pie del trono, cerca de la primera grada del estrado el gran maestro de ceremonias, vestido con los más llamativos colores y hecho un ramillete de plumas y de cintas: en la segunda grada del estrado, el segundo maestro de ceremonias; un poco más abajo, los cuatro heraldos; por un lado y otro, los reyes de armas, los maceros, los cancilleres, los pares de Francia, los consejeros de Estado, los mariscales, los jueces, los miembros del Parlamento, los prebostes de París y Lyon, el procurador general de la Corte, todo cuanto pudiera infundir á los plebeyos la idea de que un cielo era el palacio y un Dios el Monarca. Pero los plebeyos no eran como los pobres indios encontrados por nuestros descubridores en el seno de América, que tomaban las cuentas de vidrio por diamantes, los jinetes por centauros, los tiros por truenos y rayos, los anuncios de los eclipses por inspiración y comercio con los dioses; eran hombres que habían rasgado el velo de los santuarios con el análisis de la crítica y encontrado bajo los mantos y las preseas el descarnado esqueleto que formaba, digámoslo así, el organismo interior de los poderes públicos, por los conjuros de la razón convertidos en celestes y divinos, en delegados de la nación y representantes de su inalienable soberanía. Así es que los diputados atendieron poco á la ceremonia y mucho á las palabras del Monarca. Solemnes y grávísimas eran ellas. El tono contrastaba por su altivez con la bondad que distinguió siempre á Luis XVI. El poder monárquico maltratado por el juramento de la plebe, rehacíase como para producir una inmediata reacción. Hablaba de sus derechos, como si todavía conservaran la integridad antigua, y de sus resoluciones, como si él solo fuera la nación entera. Disponía cuándo los Estados debían deliberar juntos y cuándo separados, como si poseyera el poder constituyente. Insistía sobre la idea favorita de su inteligencia, sobre que representaban los tres brazos las antiguas leyes y constituciones de la Monarquía. En tal modo estaba trascordado, que pedía jurisdicción hasta sobre sus exámenes de actas y la validación de poderes. Luego, al declarar sagrado el derecho de propiedad, ponía al nivel de la propiedad los diezmos, los censos, las rentas, los derechos y deberes feudales y se-

ñoriales. Junto á todo esto encontrábase proposiciones de verdaderas reformas, invocación al derecho, promesas de leyes, cosas, años antes, excelentísimas, y en aquella hora inútiles, cuando la nación se había sentido señora de sí misma y deseaba, no sólo realizar el bien, sino realizarlo por su soberana voluntad y su poder soberano. Así, la peroración con que concluía su carta otorgada, impuesta con tal ahinco y profundamente desconocida por los mismos á quienes quería favorecer, reivindicaba la posesión completa del poder absoluto para la Monarquía en caso de hallar invencibles resistencias. Reflexionad, decía, que ninguno de vuestros proyectos, ninguna de vuestras disposiciones pueden tener fuerza de ley sin mi especial consentimiento. Yo soy el fiador natural de nuestros respectivos derechos; y bien podéis descansar en mi equitativa imparcialidad. Toda desconfianza de vuestra parte resultaría una grande injusticia. Yo solo, hasta ahora, he hecho la felicidad de mis pueblos, y es raro que la única natural ambición de un Monarca sea obtener de sus súbditos que se avengan y entiendan para recibir sus beneficios. Si me abandonáis en mi empresa, yo haré sólo el bien de los pueblos y me consideraré yo solo como su verdadero representante. Y marcharé hacia el fin que me he propuesto ó lo alcanzaré con todo el valor y toda la firmeza que deben inspirarme. Os ordeno, señores, separaros en seguida y volver mañana por la mañana á reunirnos en los varios locales afectos á vuestras respectivas órdenes para celebrar de nuevo vuestras sesiones. Ordeno al maestro ceremonias que prepare los salones. ¡Cuánta ceguera!

El Rey soñaba insensatamente con promover una reacción. Desconocía en este propósito la mecánica social; aquellas sumas de fuerzas centrífugas y centripedas, que mantienen el equilibrio político, las mareas crecientes y las mareas menguantes que reinan en el espíritu como en el Océano; los afelios y los perihelios de las ideas que tienen trazadas por la Providencia órbitas y carreras ineludibles; el flujo y reflujo de la opinión; el oriente y el cenit y el ocaso de cada fase histórica; la imposibilidad absoluta, no ya de retroceder, de parar aquel movimiento. Y se veía incapacitado por su corazón y por su historia de imputar á nadie su irremediable celeridad, como impulsado por seculares fuerzas. El quiso continuar siendo la filosofía en el trono tras los gobiernos de su abuelo el Rey Luis XV y de su tío el Regente Orleans; él cooperó al establecimiento del régimen republicano en América y saludó á los caballeros andantes de la democracia y de la libertad en su Palacio como los predecesores suyos saludaban los cruzados de Jerusalén al volver de sus holocaustos y de sus sacrificios por el santo sepulcro; él convirtió su rostro hacia la tolerancia del siglo, consintiendo que un calvinista se asentara en sus consejos y fuese su ministro; él declaró la bancarrota del tesoro monárquico y reunió los representantes del pueblo para que le granjearan los rendimientos y tributos que no querían de ningún modo las clases privilegiadas rendirle por eximidas de pechar según los antiguos fueros y las antiguas costumbres: con el impulso dado por su propio esfuerzo á la sociedad no podía ésta